



# Dime de qué presumes y te diré de qué careces

## O las debilidades de la política industrial europea

Aniceto Zaragoza  
OFICEMEN | Director General

**Junio de 2021.-** Hablar bien de la industria y de nuevas políticas industriales se ha convertido en un mantra repetido por los más diversos agentes políticos y sociales. Parecería que existiese un acuerdo global sobre la necesidad de favorecer la industria europea o el denominado proceso de reindustrialización, aunque no seamos capaces de ir mucho más allá de un cúmulo de buenas intenciones sin apreciables medidas concretas. ¿Por qué se produce esa desconexión entre los deseos y la realidad? ¿No será que estamos al mismo tiempo adoptando decisiones incompatibles que acaban por afectar a la salud de la industria?. Quizás valga la pena realizar una breve exploración de nuestras incoherencias como sociedad. La primera de nuestras reflexiones tiene que ver con nuestro mundo globalizado e interconectado. Sabemos que sea cual sea nuestra política industrial los ciudadanos vamos

a disfrutar de los mismos bienes, aunque sea producidos en otra parte. Solo en situaciones excepcionales, como bajo esta pandemia o con una paralización de los tráficos mundiales, descubrimos la fragilidad de ciertas cadenas de suministro.

El hecho de que el fracaso de las políticas industriales no tenga consecuencias inmediatas sobre los ciudadanos (si a largo plazo, ya que afectará al desarrollo económico y al empleo, a las estrategias de innovación...) es quizás la razón fundamental para que no exista una profunda preocupación por estas políticas en amplias zonas de Europa.

Pero ¿qué problema existe en tener una política industrial decidida? Para entenderlo hay que volver al origen de

la actividad industrial: la transformación de recursos en bienes de inversión o de consumo. Esta transformación que suele consumir grandes cantidades de energía y volúmenes elevados de recursos naturales indefectiblemente tiene impactos sobre la naturaleza. Impactos que pueden ser gestionados, compensados y en muchos casos evitados. Esta transformación creativa que nos permite disfrutar de múltiples bienes a un coste razonable ya no es entendida por una parte de la ciudadanía que ya sabe que puede tener lo mismo sin soportar el coste ambiental o ideológico de los procesos transformadores.

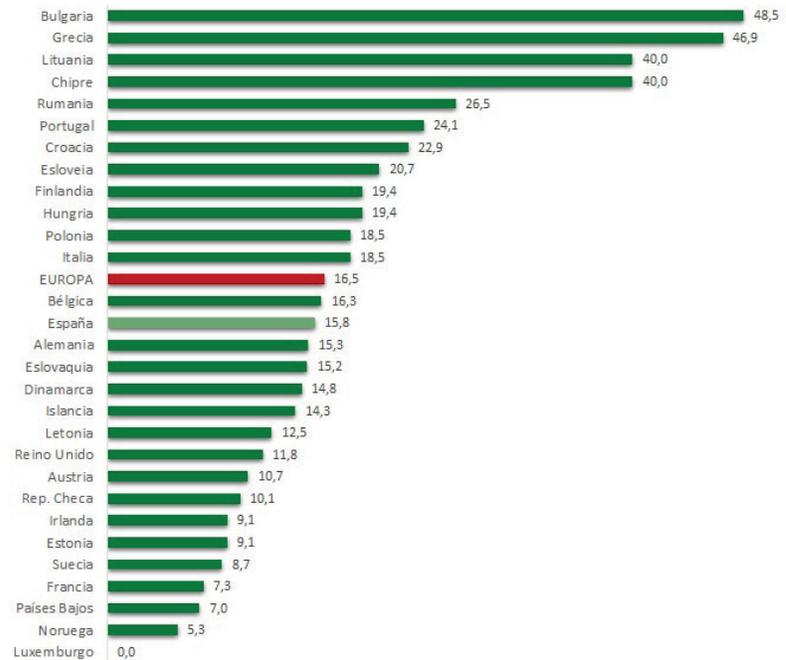
Ante una disyuntiva de este tipo, la sociedad europea apuesta por las dos decisiones al mismo tiempo: procurar que en la industria se vaya introduciendo condicionantes de todo tipo muy superiores al resto de la industria mundial y haciendo declaraciones decididas de apoyo industrial que solo tendrán materialización cuando se produzcan anuncios de cierre. La solución sencilla de crear un ambiente pro-industria responsable no se suele manejar ya que como solución de compromiso puede resultar poco atractiva para la comunicación social o política.

Este contexto es lo que podríamos denominar una política de muerte lenta. La industria es sometida a un proceso de jibarización, que puede adoptar distintas fórmulas (deslocalización de la parte de la cadena de valor menos deseada; descarte para los nuevos procesos de inversión, concentración de la producción en cierta gama de productos,...) pero que tiene como objetivo que sea un proceso globalmente imperceptible y que los huecos generados en la economía sean ocupados oportunamente por otros sectores (poco importa la distinta la resiliencia, la peor calidad del empleo o los escasos componentes innovadores que presenten).

¿Pero es realmente esto lo que está pasando en Europa? Es verdad que el término industria es cada día más difuso y múltiples actividades gustan autodenominarse como industriales,

aunque propiamente no lo sean. La transformación de materias primas y productos semielaborados, el consumo de energía y un cierto impacto ambiental (por emisiones, tráfico o cualquier otro motivo) son aspectos comunes de todos los procesos realmente industriales. No tenemos manera directa de poder analizar cómo los efectos de las políticas europeas (no solo la de la Unión sino de todos los estamentos concernidos) están afectando a la industria, pero podemos utilizar algunos indicadores indirectos para la evaluación. Uno de los mejores nos lo ofrece el inventario de emisiones de CO<sub>2</sub> de la Comisión Europea EUTL. A través de él podemos seguir la evolución de todas las plantas inscritas a través del tiempo y realizar un valioso análisis longitudinal. Los resultados de este análisis son esclarecedores: Entre el 1 de enero de 2012 y el 31 de diciembre de 2019 (8 años), han cerrado o dejado de funcionar el 16,5% de las 3.511 plantas europeas incluidas en este registro.

### Países con mayor % de instalaciones paradas y cerradas de los sectores básicos industriales (tomando como 100% las instalaciones operativas en 2012)



SECTOR	ACTIVOS %
ALUMINIO	91,04
CAL	85,77
CEMENTO	82,86
CERÁMICA	77,37
METALURGIA NO FÉRRICA	93,14
PAPEL	86,46
QUÍMICA	85,95
REFINO	84,62
SIDERURGIA	83,45
VÍDRIO	87,47
YESO	95,24
<b>TOTAL</b>	<b>83,48</b>

Cuando se analiza por sectores industriales vemos que los cierres pueden variar entre el 4,8% de las plantas productoras de yeso y el 22,6% de las plantas cerámicas. En total 695 plantas han dejado de producir en Europa en un periodo de clara recuperación económica -recordemos que estamos analizando situaciones prepandemia- como fue el de 2012 a 2019.

Si el análisis se realiza por países vemos que hay diferencias apreciables: desde un 40% de cese de operaciones en Lituania o Chipre (por no considerar la situación poco representativa del 100% de cese en Malta) al 0% de Luxemburgo. En el caso español, estaríamos hablando del 15,8% de todas las plantas lo que es un valor muy cercano a la media europea.

Una actividad económica como la industrial, que se caracteriza por la visión y expectativa de largo plazo y que sin embargo presenta una mortalidad tan elevada, es una clara señal de que se desarrolla en ambiente hostil. A este ritmo de destrucción la industria básica en Europa desaparecería en menos de 50 años y si tenemos en cuenta que muchas plantas viven en redes de simbiosis industrial, el proceso actual se podría acelerar algunos decenios. Algunos dirán que no importa porque estás industrias serán sustituidas por otras nuevas mucho mejores... pero nos podemos preguntar ¿y por qué iban a venir aquí viendo como han sido tratadas las anteriores? ¿no hay mejores sitios en el mundo para instalarlas? Algunos otros pensamos que la mejor industria es la que existe, aunque esa existencia sea en permanente transformación.

En cualquier caso, y por mucho que se acortaran los plazos para la deslocalización industrial que se está produciendo, el consumo de los europeos no estaría en riesgo. Nos aprovisionaremos de bienes del resto del mundo y nos concentraremos en el sector servicios (el sector primario ya es extraordinariamente pequeño en nuestro continente) para intentar mantener nuestro nivel de vida. Nada importa que las evidencias no justifiquen esa esperanza, ya que el sector industrial duplica o triplica salarios del sector servicios, pero para muchos el futuro puede estar por escribir y nada vale lo que puede apreciar cada día mirando a nuestro alrededor.

De manera que la política de muerte lenta está en marcha. Muchos ciudadanos europeos no están dispuestos a asumir su papel transformador de la naturaleza; prefieren que otros lo hagan por ellos. En ese contexto, la política industrial europea – más allá de las grandes declaraciones- no existe, es una carencia. Cuando nos demos cuenta podría ser muy tarde.